

VAMPIROS

LOS QUE SE ALIMENTAN DE TI

¿Quién no se ha encontrado con un vampiro?

LA MAYOR PARTE DE LA GENTE ni siquiera imagina que los vampiros existan fuera de los textos de Polidori o de Stoker. Sin embargo, lo descubre muy a su pesar cuando atraviesa cada una de las fases que caracterizan la relación con los vampiros, y lo hace siguiendo a rajatabla la respuesta inconsciente y clásica a su manipulación.

Los vampiros suelen figurar ser mucho más de lo que son. En apariencia juegan con su inteligencia, belleza, elegancia, con su presencia o con su esencia. Acechan a la víctima en los lugares más inesperados, y hacen su entrada triunfal. Se muestran amables, enamorados a primera vista. Quieren atrapar cada mirada, cada palabra de la víctima, que se siente halagada por un interés así.

Le invitan a entrar.

Más pronto que tarde, las víctimas no sabrán qué es lo que les ocurre, pero el sufrimiento emocional al que estarán sometidas

les desbordará: el desconocido amable o la linda vampira se habrá introducido en su vida, incluso en su casa, y habrá iniciado una lucha sin tregua por controlar cada aspecto de su vida. Las amistades, la familia, el trabajo, las creencias, la apariencia física, la opinión, la moralidad, cada una de las parcelas de intimidad serán objeto de un escrutinio minucioso y de una crítica implacable.

Las broncas violentas se alternarán con períodos de luna de miel. Es experto en volver las cartas a su favor. Extremadamente manipulador, inteligente y astuto, rompe cada pacto o cada límite a su conveniencia. Bajo la excusa del amor, se comportará de manera impulsiva y descontrolada. Aducirá problemas (enfermedades, divorcios, despidos, depresión...) para conseguir beneficios y justificar sus altibajos emocionales.

La víctima se sentirá constantemente avergonzada de él y de sí misma. El vampiro no dudará en emplear cualquier medio para salirse con la suya. Al ser un consumado hipócrita, la percepción de los que le rodeen será la de una persona atenta y atractiva. Está devorando a la víctima, que ni siquiera sabe cuándo ha comenzado todo.

Resulta muy complicado identificar el maltrato psicológico, y para nuestra sociedad ha sido mucho más difícil comprender que el maltrato psicológico podía resultar tan eficaz como el físico. Las últimas generaciones han aprendido a detectar y a censurar los golpes como algo intolerable, más aún dentro de una pareja, pero todavía falta mucho para considerar reprobables la manipulación y las conductas inadecuadas.

Vampiros emocionales, de Albert J. Bernstein, describe bien esa categoría de depredadores. El primer paso es identificarlos. Aun así, se tarda en librarse de un vampiro: extrae tantas cosas convenientes para él que se resistirá con uñas y dientes a desprenderse de su esclavo. Pero si éste es capaz de reconocer sus tretas, y de defenderse, cuando logre recuperar parte de su fuerza, podrá ex-

pulsarlo. Muy rápidamente descubrirá que ya no tiene acceso a lo que le había interesado de la víctima y desaparecerá. Aún revoloteará alrededor, por si puede extraer algo. Si le queda claro que de esa víctima ya no obtendrá más sangre, se desvanece.

¿Por qué no piden ayuda los esclavos de los vampiros, o por qué no lo suelen hacer a personas de su entorno? Esa situación es muy común en todas las víctimas. Una combinación de vergüenza y de miedo a la decepción de los seres cercanos, el aislamiento al que son sometidas y, sobre todo, la incredulidad ante ese comportamiento y la esperanza del cambio hacen que se tarde mucho en recurrir a la petición de ayuda. Ante un desconocido, la historia puede ser contada sin miedo al juicio del otro y, sobre todo, de una manera más objetiva. Además, al salir, al menos psicológicamente, del entorno conocido, toman cierta distancia y conciencia de su propia situación.

En algunos casos, puede que la víctima confíe a algunos amigos que su comportamiento no le parecía normal, y cuente varias situaciones. Si le apoyan, la salida está más cerca. Sin embargo, si el consejo que recibe es que todas las parejas discuten, que quizá fuera recomendable dulcificar su carácter, o que todo el mundo es diferente, esa consulta puede causarle un enorme daño.

Esas opiniones bienintencionadas le harán percibirse como una víctima exagerada y quejosa, intolerante y poco paciente. Callará e intentará mejorar. Y, por supuesto, no volverá a referirles nada de su problema o situación.

El vampiro o la vampiresa pueden adoptar cualquier aspecto: cualquier edad, cualquier clase social. Se alimentan de la energía ajena, de los favores y privilegios que pueden obtener a través de la manipulación, y del atractivo que ejercen: ése es su trabajo, la supervivencia a costa de otros. No en vano eligen como víctimas a personas brillantes y enérgicas, de las que puedan nutrirse, o a

quienes la empatía compulsiva les hace compadecerse del sufrimiento ajeno.

Las promesas iniciales de los vampiros son descomunales —te daré la vida eterna— y son expertos en crear una primera impresión deslumbrante. Al fin y al cabo, eso les asegurará la subsistencia. Todas las subclases de vampiro comparten una serie de características (la inmadurez, los cambios de carácter, la falta de escrúpulos, la falta de respeto por las normas sociales, el egoísmo, la negación de culpa) pero hay matices entre ellos. En ocasiones se hace difícil distinguir el comportamiento de Drácula del del psicópata que trataremos en el capítulo V. En realidad, muchas de las personalidades dañinas comparten características, o las adoptan a su conveniencia, según los casos.

DRÁCULA

Entre libremente y deje parte de la felicidad que trae consigo

TODO COMENZÓ CON ÉL, con el misterioso conde transilvano que sedujo a los lectores de toda Europa en el siglo XIX. La obra de Bram Stoker se basaba en algunos vampiros literarios precedentes, pero definió para siempre el modelo clásico de vampiro. Drácula (algunos creen que Stoker se inspiró en su jefe y objeto de pasión, el actor sir Henry Irving, un tirano que le sometió a todo tipo de humillaciones) será para siempre un hombre elegante y atildado. Murnau, en su *Nosferatu*, para diferenciarse, dado que le fueron negados los derechos de adaptación de la novela original, le dará otro aspecto, repulsivo e igual de fascinante. Lo que es cierto es que el vampiro se empeña en diseñar un personaje que atrae la atención, e impide ver su vacío interior.

De hecho, una de las señales más fiables para detectar a un vampiro es prestar atención a las emociones que despierta, que casi nunca son de indiferencia. O el enamoramiento y la fascinación inmediata, o una repulsa que luego se transforma lentamente en hechizo emocional. El vampiro estará pendiente de las reacciones ajenas, en las que lee como en un libro abierto, y elegirá a la víctima entre las personas que ofrezcan la respuesta que desea.

Otra de las señales es que esa persona fascinante e intensa comienza a sonsacar a la víctima sus secretos más íntimos y vergonzosos. Sin saber cómo, llega un momento en el que el vampiro posee tanta información sobre la víctima que ésta se encuentra en sus manos. Casi como si le leyera el pensamiento, el vampiro posee las claves privadas de su vida, sus reacciones y sus puntos débiles.

No nos olvidemos tampoco de que el vampiro suele alertar de quién o qué es: bien en forma de lamento, de premonición, de historia pasada o de deseo de futuro, suele anunciar sus intenciones. Frases como «No soy una persona recomendable; no te enamores de mí; parece que atraiga la mala suerte a todo el que me rodea; tengo una personalidad adictiva; la gente se queda enganchada conmigo; no sé por qué, he perdido siempre a todos mis amigos, soy un solitario» forman parte del repertorio clásico de alertas de un vampiro.

Hay que mantenerse alerta y observarles con precaución, porque son artistas de la palabra y de la elocuencia: y por lo tanto, resulta recomendable no fijarse en lo que dicen, sino en lo que hacen.

El vampiro es un seductor profesional: por lo tanto, posee la capacidad de convencernos de que somos como desearíamos ser. En sus ojos vemos la promesa del amor, la diversión o el éxito, y nos convence de que es posible conseguirlo. Por lo general, la

víctima lo conseguirá... para el vampiro. Se lo dará casi sin darse cuenta, y además, convencida de que es su decisión.

Como Drácula, los vampiros emocionales necesitan que la víctima les invite a entrar en su habitación. Pueden emplear la seducción, la paciencia o la pena. Pero habrá un momento en el que lograrán esa invitación a una vida ajena. Como Drácula, se mueven en las sombras. Son criaturas de la noche, que no soportan una explicación clara o un enfrentamiento directo. Actúan siempre empleando los mismos métodos de manipulación, y por lo general, con varias víctimas en secuencia, o a la vez. No saben ni pueden mirarse al espejo ni reconocer sus errores. Y cuando se les expone a la luz, o se les asesta el definitivo estacazo en el corazón, desaparecen, reducidos a polvo.

Resulta absurdo esperar que Drácula se atenga a las normas establecidas. Las empleará a su favor cuando le convengan, pero se las saltará cuando se le antoje. Carece de sentido de la justicia, que queda reemplazado por el capricho. Se siente a gusto enfrentándose a sus novias, o a sus seguidores, y premiándoles o privándoles de atención cuando deseen. Como su comportamiento resulta imprevisible (lo que ayer le agradó hoy le irrita) mantiene a sus víctimas en un estado de perpetua inquietud, y en ocasiones, como a Renfield, de humillación y dominación.

En una sociedad ordenada, la víctima potencial se siente atada de pies y manos: incapaz de comportarse como lo hace el vampiro, presencia cómo éste escapa sin culpa o con apenas castigo, mientras que quien sigue el orden establecido o la legalidad ha de demostrar lo indemostrable, o entablar un proceso judicial que le resta la poca energía que le queda. Como tampoco le interesan los sentimientos ajenos, los hiere o arrolla sin piedad. Lo que se interponga en su camino debe desaparecer. El vampiro siempre presenta alguna excusa que le hace saltarse las normas o caer en la ilegalidad.

Y esas mismas excusas le sirven para librarse de la responsabilidad, si las cosas se tuercen. El vampiro es siempre, según su discurso, una víctima de las circunstancias, su educación, su enfermedad, los otros o la sociedad. No pide perdón, u ofrece disculpas. No ve por qué.

Eso hace que cuando persigan un objetivo, sea el que sea (dinero, sexo, poder o cualquier posesión), los vampiros resulten imparables: en primer lugar, porque su impulsividad les hace difícil esperar, y en segundo, porque no dudarán en emplear sus emociones para chantajear o impresionar a la víctima. Por lo tanto, la cólera desatada, la pena extrema, el desprecio altivo y gélido son elementos con los que habrá de lidiar una víctima desconcertada, débil y asustada. Drácula retoma su papel de amo y aterroriza al servidor que le falla.

Drácula, como casi todos los malos de los cuentos, no alberga la menor voluntad de cambiar. Las cosas marchan estupendamente para él, a su manera. El intento de humanizarlo es casi siempre una energía perdida. Le resultará a él más sencillo convertir a la víctima, a su vez, en un vampiro. Después de la manipulación de la que es objeto, hay un momento en que su seguidor ni siquiera sabe quién es: se sorprende saltándose a su vez las normas, y sintiendo vergüenza por el extremo al que ha llegado.

Es el momento de comprobar cuáles son las verdades y las mentiras que el vampiro ha contado sobre él mismo: por lo general, su pasado y su presente se diluyen en una bruma confusa en la que nada es concreto. No sabemos de qué vive o cuánto gana, desconocemos a ciencia cierta su historial amoroso: la víctima únicamente tiene acceso a lo que le ha contado, que en muchos casos, es falso. El misterio del conde resulta ser una de sus corazas más útiles, pero ni siquiera el más hábil de los vampiros puede librarse del escrutinio de un Van Helsing.

Ya que los vampiros prueban una y otra vez las mismas tácticas, es posible que un reguero de víctimas les preceda. Las advertencias de amigos o de antiguas parejas que antes pasaban desapercibidas, o que fueron desechadas por creerlas producto del despecho o de la envidia cobran ahora sentido. El vampiro lo negará todo. Hará creer a la víctima que está loca, o que tiene un problema. Con un poco de suerte, intuirá que está a punto de ser descubierto, y huirá. Si no, el único remedio es desenmascararlo y mostrarlo tal y como es ante todos, y demostrarle que no se le tiene miedo, que ya no ejerce poder sobre su víctima. En un tiempo sorprendentemente corto habrá desaparecido.

LESTAT

Morir será una auténtica aventura

CUANDO ANNE RICE PUBLICÓ *Entrevista con el vampiro* aún no tenía idea de la revolución que supondría dentro del concepto de terror. De un plumazo, Rice eliminaba los elementos de maldición y condena religiosa con los que contaba Drácula, y nos mostraba a unos vampiros sofisticados, guapos, jóvenes, emparentados entre sí por sagas de sangre y en eterna lucha entre ellos. Había nacido el vampiro esteticista, y el que, más allá de la culpa o la cripta en el castillo, deseaba divertirse todo lo posible en su no-vida.

En realidad, conocemos a Lestat a través de las palabras de otro vampiro, Louis. Por lo tanto, un vampiro intenta desenmascarar a otro vampiro, el que lo creó; no será sino hasta el segundo volumen de las *Crónicas Vampíricas* cuando Rice nos permita un acceso directo a Lestat.

Lestat comparte un buen puñado de características con Peter Pan: ambos son carismáticos, ambos aparecen detenidos en el

tiempo, ambos desprecian el peligro y prefieren la diversión. Son egoístas, y entran, sin ser deseados, por la ventana para llevarse a sus víctimas. Muy alejado del delicioso cuento original, o de la versión de Disney, Dan Kiley popularizó en su libro *El síndrome de Peter Pan* una visión más oscura de Peter y Wendy. Peter, un niño eterno, necesita a Wendy para serenarle y al mismo tiempo para refrenar su conducta. Le gusta desesperarla, y confía en su encanto para recibir siempre el perdón.

Peter Pan, como Lestat, puede resultar fascinante, y promete un mundo nuevo, y vuelos bajo la luz de la luna, y una realidad en la que no existen obligaciones, ni un mañana, ni responsabilidades. No es su problema arreglar lo que ha roto o consolar a quien esté triste. Wendy, la víctima, cae inmediatamente seducida, precisamente porque ella es una niña-adulta prematura y extremadamente responsable. Es, además, especialmente receptiva a lo que Peter Pan le ofrece, cosa que no haría la niña de la casa contigua. La relación presentará problemas desde el principio (para comenzar, porque Peter Pan ya tiene a Campanilla en su vida), y a cambio de esa diversión perpetua lo único que encuentra Wendy es sufrimiento. No se siente a gusto en el País de Nunca Jamás. Ha de hacerse cargo de todo, cuidar a Peter y a sus amigos, y todo ello sin reconocimiento ni otra opción más que asumir el papel de madre.

Según Kiley, un Peter Pan reúne en diferentes cantidades las siguientes actitudes:

— No es de fiar, monta en cólera continuamente, aparenta estar indefenso y ser digno de compasión, se muestra rebelde, es narcisista, tiene sentimientos de culpa, es dependiente, manipulador, reservado e insensible.

— Una Wendy reacciona ante ese comportamiento con que-

jas, recriminaciones, sobreprotección, llanto, críticas, impotencia, sentimiento de inferioridad, miedo, inseguridad y dolor.

¿Puede un vampiro acabar con una víctima sólo por diversión, o mejor dicho, en el transcurso de una diversión? Por supuesto: lo hacen constantemente. Lestat, Peter Pan y sus amigos son adictos a la adrenalina, y no soportan aburrirse. Necesitan acción constante, satisfacciones superficiales e inmediatas, y se convierten en los reyes de la fiesta.

Atraen principalmente a víctimas más tímidas y reservadas, gente correcta y respetuosa que no pueden resistirse ante el desprecio por la autoridad y las normas del vampiro, al que creen osado y valiente. Demuestran que todo es posible. Son tan cálidos, tan arrebatadores que el arma de la indiferencia, que emplean a su antojo, hierde de verdad a unas víctimas entregadas. Les fuerzan, en cierta medida, a sobrepasar sus límites, incluso cuando no desean o no consideran adecuado hacerlo. Son adictos a las bromas pesadas y a los comentarios sarcásticos, incluso hirientes, que son luego compensados con un halago. Con el vampiro Lestat la vida transcurre en una montaña rusa. Pero de vez en cuando no hay frenos.

El efecto destructivo de este vampiro se aprecia, sobre todo, cuando convoca a una banda de adeptos a su alrededor, y, en la euforia de la pandilla, los límites se sobrepasan y la responsabilidad se diluye: por diversión se puede pintarraजार una pared, o robar en una tienda.

Pero también por diversión, unos adolescentes pueden atropellar y quemar viva a la inocente Sandra Palo, que tan sólo pasaba por allí; el asesino confeso de Marta del Castillo, que nada tenía que ver con ella en procedencia, en la estructura de su familia y en educación, se rodeaba de un halo de chico malo y libre, y poseía una casa propia en la que se reunía la pandilla para divertirse. En ese caso, el vampiro deja paso a un dragón.

Los Lestat, por muy seductores que aparenten ser, destruyen a sus víctimas. Son depredadores y crueles. Cuando, en 2011, dos años después del crimen y con el cuerpo de la niña aún desaparecido, Miguel Carcaño y su amigo Samuel comparecieron en el juicio de Marta del Castillo, lo hicieron con sus mejores galas, repeinados y arrogantes. Docenas de niñas (niñas conscientes de que habían matado a una amiga, niñas que conocían el alcance y la gravedad de sus actos, niñas que habían presenciado el dolor de la familia de Marta y sus desesperados intentos por encontrar a su hija, y la desfachatez de los implicados) dijeron haberse enamorado de ellos. Nunca, nunca hay que perder de vista el poder de la fascinación de los vampiros, y las asociaciones entre ellos; si hay un Lestat, no demasiado lejos encontraremos a un Louis.

Para quien no sea sensible esa figura, el vampiro Louis da mucha pereza: un vampiro que no deseaba serlo, convertido en tal por el capricho de Lestat, y luego entregado a su solitaria suerte. Louis vive preso de profundas contradicciones morales, en las que se entrecruzan su instinto de supervivencia y su repugnancia a devorar humanos. Louis, delicado, esteticista hasta la náusea, de una sensibilidad extrema, necesita a alguien como testigo de su sufrimiento. Y por lo tanto, y rompiendo así una ley universal de los vampiros, concederá una entrevista a un periodista al que desea contarle su historia.

Por supuesto, como no podía ser de otra manera en los vampiros como Louis, eso no es más que una excusa para justificar su comportamiento y arrojar barro, de paso, hacia su antiguo amigo Lestat. Un vampiro como Dios manda no evita una ocasión para hacer el mal. Louis se presenta como una víctima de las circunstancias, como un alma en perpetuo sufrimiento. Con tono lastimero promete, como Valmont, que no puede evitarlo. Pero necesita un público ante quien jurarlo.

Los vampiros del estilo de Louis han refinado la técnica de

evasión de culpa. La realidad es que no sólo actúa de manera inadecuada, sino que en ocasiones incurre en perversiones mayores que Drácula o Lestat; pero, extendida como está la idea de la redención de lo maléfico por el dolor, finge sufrir y arrepentirse. Si analizamos la historia, Louis acaba enamorado de una niña vampira, Claudia, a la que domina y por la que es dominado, al mismo tiempo. Mata de manera ocasional, y se comporta, a todos los efectos, como un vampiro. Pero no cesa de insistir en que él no quería, no quiere, son los demás.

Los Louis prestan más atención a su apariencia que los otros vampiros, si cabe. Atraen a la víctima por la exaltación de emociones que dicen vivir y hacer vivir. A diferencia de los Lestat, que prometen aventuras, los Louis auguran emoción. Eternos torturados, buscan la pena, hacen de su vulnerabilidad bandera y se encuentran a sus anchas en los oficios creativos o entre los aficionados a éstos, porque pueden justificar sus opiniones refiriéndose al gusto o a la subjetividad.

Mitad Werther, mitad personaje de Poe, pueden echar mano de las enfermedades mentales para conseguir más compasión que favorezca el logro de sus objetivos. Son los eternos deprimidos, afectados por enfermedades somáticas o de muy difícil diagnóstico. Sea lo que sea que ocurra, el problema de Louis siempre será mayor.

Los vampiros Louis practican el difícil arte de pedir ayuda sin pedirla, en realidad. De esa manera, pueden luego rechazar consejos o despreciar el esfuerzo ajeno por solucionar sus problemas. Lo cierto es que Louis está enamorado de su propio problema: es todo lo que tiene para conseguir lo que desea. Observador y minucioso, conoce a su víctima antes incluso de que ésta abra la boca. Es el falso oyente perfecto, que acaba por asfixiar y ahogar a la gente con sus problemas.

Louis, al que se le llena la boca con sus dilemas morales y su rectitud, ni siquiera demuestra lealtad a los que, como él, son vampiros. Pese a su discurso, nada salvo él mismo y su reputación le interesa realmente. Si dan con una persona empática compulsiva que haga suya su causa, la destrozará con parsimonia, poco a poco. Le resulta más útil un esclavo que un cadáver. Son vampiros de larga evolución, a los que la gratificación sobreviene más por la sensación de poder y de recibir atención que por fines prácticos. Louis, pese a sus aparentes dudas, como Lestat, como cualquier vampiro, sabe perfectamente lo que quiere, y cómo lo quiere.

EDWARD CULLEN

Hay tres cosas de las que estoy completamente segura. Primera, Edward es un vampiro. Segunda, una parte de él se muere por beber mi sangre. Y tercera, estoy total y perdidamente enamorada de él

SI ALGUIEN QUIERE EXPERIMENTAR un riesgo intenso, que se olvide de adorar a un Lestat. Yo le propongo, si se es suficientemente intrépido, plantarse ante una clase de secundaria, con el mayor número de chicas que encuentre, y defender ante ellas que la historia de *Crepúsculo*, el amor entre Bella y Edward Cullen, no es sino una apología del maltrato. La experiencia bastará para contarles a los nietos, en un futuro, lo cerca que olfateó el peligro.

Stephanie Meyer, en su exitosa saga, toma el testigo de los vampiros de Anne Rice, y les da otra vuelta de tuerca. En este caso, la víctima, y no el vampiro, es quien desea, sobre todas las cosas, que continúe esa relación, aunque el riesgo sea su propia muerte. El amor verdadero entre ambos y el hecho de que sea la

muchacha quien lo anhele servían como argumentos poderosísimos con los que las jóvenes seguidoras rebatían mi afirmación, unos minutos antes del intento de linchamiento.

Sin embargo, eso no es cierto. Cualquier víctima de un vampiro, en el estado de deslumbramiento en el que se halla, justificará, al menos al principio, su relación y sus reacciones. Exactamente igual que las víctimas del maltrato físico, la transferencia de emociones hará que sean conscientes de que existen elementos extraños en su vampiro, pero los minimizarán aludiendo al amor, a su carácter, a sus circunstancias... o incluso se culparán a sí mismas.

Y sin embargo, lo cierto es que nos encontramos una vez más con la historia paradigmática de una chica enamorada de un hombre peligroso que puede matarla en cualquier momento. Que le advierte de ello y le pide que se marche. Esta recomendación hace que, definitivamente, la chica se entregue. No hay nada más deseable que lo negado. Por supuesto que Edward es atractivo: todos los vampiros lo son. Por supuesto que Bella corre peligro: y sus auténticos amigos, y su padre, no cegados por los personajes creados por la familia de vampiros, lo saben y la advierten.

No sólo se encuentra el riesgo de que Cullen, en un momento de frenesí, la mate; es que a su vez, representa una tentación para sus hermanos y padres, y, para colmo, esa relación la sitúa en medio de dos guerras: por un lado, la civil que mantienen perpetuamente los clanes de vampiros, y por otro, la que se lleva a cabo contra los hombres lobo. Si Bella logra convertirse en vampiro, eso supondrá incorporarse a la batalla, y al mismo tiempo situarse en una posición en la que los humanos serán sus enemigos y sus presas.

Y todo este complejo panorama queda neutralizado por lo que en ese momento ella, una adolescente, siente. Todos los mitos acerca del amor eterno cobran importancia: la intensidad, el destino irremediable, la duración infinita de las sensaciones...

Bella está a punto de cometer en los primeros libros (y lo cometerá, a posteriori) el peor de sus errores: se transformará en una víctima convencida del privilegio de serlo. Será la primera defensora de la mentalidad y las acciones de su vampiro. En definitiva, una conversa. Perderá de vista que lidia con un no vivo que la supera en edad, experiencia, fuerza, visión periférica y apetito. El toque de la castidad (Edward insiste en que Bella permanezca virgen hasta la boda) aleja la percepción del peligro sexual, tan perturbador para las adolescentes. Pero eso no niega el que, sienta la niña lo que sienta, Edward Cullen sea muy peligroso.

Una variante de este tipo de vampiro aparece en *La dama de las camelias*; en este caso, la prostituta experta, mayor que su víctima, le advierte de que lo suyo es imposible. Lo es por la censura social hacia la prostitución, lo es por el tren de vida al que está acostumbrada y por cierta tendencia a la promiscuidad que ella misma reconoce. Armand, ciego de deseo, de pasión, y con la misma certeza de que el amor vence cualquier barrera que Bella, cae rendido a sus pies.

Como todas las advertencias de los vampiros, a veces insinuadas, otras mencionadas abiertamente, las palabras de Marguerite resultan ser proféticas. Armand acaba arruinado, cornudo y mentalmente inestable. Enamorado de ella como un becerro, sería capaz de saltar por encima de cualquier límite, incluida su familia, por conseguirla. Cuando la Dama de las Camelias fallece, él siente que su propia vida se ha echado a perder. Ya lo estaba antes. Pero la mordedura del vampiro crea adicción, y para algunas víctimas subyugadas dejar de sentirla supone la mayor decepción de su vida.

Guía de supervivencia ante vampiros

Es posible sobrevivir al ataque del vampiro: lo complicado radica en resistirse una y otra vez a su fascinación. El vampiro destruye hasta que del alma y del corazón no quedan sino la carcasa. No hay manera de pactar o contemporizar con él. En esta lucha, la única posibilidad es la huida y la protección.

Cuanta mayor sea la adicción emocional que se haya tenido con el vampiro, más importante es que se sigan los pasos siguientes a rajatabla. A diferencia de otros monstruos, el vampiro necesita la aprobación de la víctima para continuar en su vida. Recae en ella una gran responsabilidad, que debe decidir si prefiere sobrevivir sin la emoción y la tensión constante de la relación con el vampiro, o si supedita su salud mental y emocional a esa intensidad. El vampiro continuará regresando a la vida de la víctima hasta que ya no tenga nada que robarle. Por lo tanto, sería ingenuo esperar a que se canse: reaparecerá de manera constante, hasta que se le muestre que se es inmune a su manipulación. Hay que matarle de hambre, sin estímulos, sin respuesta.

El argentino Fabio Fusaro, en su libro *Mi novia: manual de instrucciones*, recomienda comportamientos similares precisamente para lo contrario: para atraer de nuevo a la novia perdida; pero su «Manual», por su fuerte carga misógina, sólo puede leerse en clave humorística, o ni eso. Parte de la tesis de que convertirse en un canalla es una forma aceptable de hacerse irresistible a las mujeres.

Estos consejos no servirán de mucho si, bajo la piel, en el fondo, queda la esperanza de recuperar al vampiro, hacerle ver sus errores, o demostrarle lo que se está perdiendo, y de nuevo adentrarse en una historia de amor o dependencia. No es una guía para manejar al vampiro, sino para huir de él.

1. HAY QUE REPETIRSE UNA Y OTRA VEZ

- Nunca me ha querido, sólo me ha usado y me volverá a usar si le conviene.
- No aprenderá jamás de sus errores; nunca aceptará su responsabilidad.
- No, no va a cambiar.
- Carece de empatía, no siente nada que no esté relacionado consigo mismo.
- Siempre que habla conmigo miente.
- Ya no tiene poder sobre mí.
- Nada de lo que dice o hace puede afectarme, porque me he liberado de él.
- No le debo nada.
- Yo no le importo, nunca le he importado y nunca le importaré.

2. ES PRECISO DESAPARECER

- No se le puede llamar. No se le puede escribir. Hay que eliminarlo de las redes sociales que se tengan en común, y si es posible, cambiar de móvil y de correo electrónico.
- No importa lo insistente que pueda ser, nunca hay que coger el móvil. Es preferible cambiar su nombre, que despertar fuertes connotaciones emocionales, por la frase «No coger».
- Deben evitarse los lugares que frecuenta, o que se frecuentaban juntos.

3. LA VÍCTIMA DEBE EXCLUIRLO DE SU VIDA

- Es necesario deshacerse de las fotografías, regalos o referencias de él. Si no se tienen fuerzas para tirarlo todo, al menos, meterlo en una caja y retirarlo.
- No se deben aceptar regalos o flores que envíe.
- Hay que evitar a los amigos comunes, y más aún, a los del vampiro.

4. SITUACIONES DESESPERADAS

- Si por error, se responde a una llamada suya, hay que cortarla en menos de medio minuto, no ser amable y no dar información. Sencillamente, no se tiene tiempo para esa persona.
- Si existe un encuentro, hay que evitar hablarle o acercarse. Si él lo hace, no puede permitirse un beso o una conversación. Lo conveniente es irse.
- Si provoca una discusión en público, o por teléfono, la respuesta ha de ser el silencio e irse, o colgar.
- Hay que cortar en seco a los amigos del vampiro que deseen sacar el tema o hablar de él. «Lo siento, no quiero hablar de eso.» Si esa persona insiste, es mejor marcharse.

5. COMPROBACIONES

- Es muy posible que se reciba una llamada, correo electrónico, sms o cualquier toma de contacto únicamente destinada a saber que la víctima sigue bajo su influjo. Algunos clásicos de los mensajes de comprobación son:
 - «Te echo de menos, ¿cómo estás?»
 - «Sé que nunca podré olvidarte, por mucho que lo intente, pero haré el esfuerzo de mantenerme lejos de ti.»
 - «Si no quieres, no contestes, pero al menos dime si estás bien.» «Lo he intentado, pero no puedo olvidarte.»
 - «Acabo de pasar, comprar, comer... y me acuerdo de ti.»
 - «Necesito tu ayuda con...» «No quiero molestarte, pero... y me siento muy solo.»

Nunca se debe contestar a estos mensajes de comprobación, cuyo único objetivo es asegurarse de que la fascinación sobre la víctima continúa. Son mensajes sin contenido, pensados para renovar el contacto y la manipulación. Lo correcto es borrarlos y no responderlos jamás, por lastimeros o terribles que suenen.

6. CÓMO SE RECUPERAN LOS RECUERDOS U OBJETOS VALIOSOS

- Conviene meditar sobre si merece la pena recuperarlos, o pueden comprarse o reemplazarse. Si hablamos de imágenes comprometidas, cartas, o cosas con un valor real, pasaríamos a solicitarlas por escrito. Recuperar o devolver los objetos perdidos nunca debería servir como excusa para verse: resulta preferible dejarlos en un lugar neutral o que alguien sirva de emisario. Por no decir que también pueden remitirse por correo o mensajero. Si es el vampiro el que reclama sus objetos, es importante que se le firme un recibo, aunque sea casero, a la persona que se los entregue. Si se elige un mensajero profesional, está obligado a firmar el recibo.

7. RECLAMACIONES DE OTRO TIPO

- Siempre hay que reclamar por escrito (correo electrónico, fax, burofax...).
- Siempre que sea posible, que lo haga una tercera persona.
- Nunca hay que dar información personal o reaccionar de manera personal. En la medida de lo posible se debe mantener la cortesía y el lenguaje formal.
- Es necesario insistir si no se consigue respuesta.
- Si no se logra lo que se desea, hay que buscar una solución legal lo antes posible.

